El gusto por el declive

foto: Jigal Fichnte / @Walter Eucken Institut

Prof. Dr. Dr. h.c. Lars P. Feld

Universidad de Friburgo y Walter Eucken Institute

Cualquier observador interesado que se sumergiese en la cobertura mediática en Alemania podría llevarse la impresión de que el país se encuentra al borde del abismo. El ejemplo más claro de esta decadencia es la principal empresa ferroviaria de Alemania, Deutsche Bahn. La narrativa imperante es más o menos esta: la infraestructura alemana está deteriorada, como parecen demostrar los retrasos de los trenes, los atascos en las autopistas o el mal estado de muchos edificios públicos. La administración pública es ineficiente, en parte por una digitalización insuficiente. El sistema sanitario es caro en relación con el PIB, pero no ofrece la misma calidad de vida que otros sistemas de coste similar, como el suizo. Y el sistema educativo gradúa hoy a alumnos con muchos menos conocimientos que antes; la expresión de moda es «inflación de notas».

Esta descripción encuentra su reflejo en la difícil situación económica que atraviesa el país. La inversión privada sigue siendo débil. Las empresas apenas invierten ya en Alemania porque los costes laborales, energéticos, regulatorios y fiscales son demasiado elevados. En todos estos ámbitos, Alemania se sitúa entre los países más caros. No sorprende, por tanto, que este escenario haya desembocado en la situación actual.

No hay forma de suavizar esta narrativa. Alemania necesita urgentemente reformas que mejoren tanto la actuación del Estado como el entorno económico. Aun así, la situación merece un análisis más justo y matizado.

Al igual que otros países, Alemania se ve afectada por las turbulencias geopolíticas y la incertidumbre que generan. Y no me refiero solamente a la crisis actual. El shock energético derivado de la guerra de Irán se suma a toda una serie de episodios críticos: la pandemia de COVID-19, la invasión rusa de Ucrania y el consiguiente aumento de los precios de la energía, la política arancelaria de Trump, con sus efectos sobre los mercados financieros y la apreciación del euro frente al dólar y, ahora, un nuevo repunte de los precios de la energía, acompañado de nuevas tensiones en los mercados.

Nada de esto debe servir como excusa para los errores del pasado. Los problemas estructurales de la economía alemana comenzaron antes de la pandemia. La producción industrial lleva cayendo desde finales de 2017. Sin embargo, la situación actual no es solo responsabilidad del gobierno. Las empresas tampoco se han preparado adecuadamente para afrontar los desafíos que plantea la transformación estructural. Algunas se han vuelto demasiado autocomplacientes a causa de las subvenciones ligadas a una política industrial poco acertada y los paquetes de rescate de la pandemia.

Hace aproximadamente un año, el gobierno federal llegó al poder con la intención de impulsar reformas que fortaleciesen la economía alemana. Sin embargo, el histórico levantamiento del freno de la deuda (Schuldenbremse) no vino seguido de las esperadas reformas. Ni siquiera se ha usado el mayor margen de endeudamiento para reforzar la inversión pública, como se había prometido; en la práctica, ha servido para reorganizar partidas presupuestarias y aumentar el gasto corriente y las transferencias. El paquete de pensiones aprobado en 2025 incrementará las cargas futuras. Si no se recortan prestaciones en otros ámbitos, las cotizaciones al sistema público de pensiones tendrán que subir en el futuro próximo. Además, la nueva Ley federal de cumplimiento de convenios colectivos eleva la intensidad regulatoria y, por lo tanto, los costes laborales. En política energética, medidas como la reducción del precio de la electricidad para la industria o la subvención de los costes de red no son sino soluciones transitorias financiables a corto plazo. Y en plena crisis energética por la guerra de Irán, lo único que se le ha ocurrido al gobierno ha sido aplicar un descuento a los carburantes.

Aun así, no todo han sido errores. La reforma fiscal del gobierno va en la dirección correcta. Medidas como la amortización acelerada del 30% en tres años y la reducción gradual del impuesto de sociedades, en un punto porcentual anual durante los próximos cinco años, disminuirán la carga fiscal efectiva, mejorando las perspectivas del país como destino empresarial. Además, poco antes de Navidad, el gobierno federal y los gobiernos de los estados federados (Länder) alcanzaron un acuerdo para modernizar el Estado e impulsar una mejora de la Administración basada en una digitalización más coherente. La prestación por desempleo no contributiva (Bürgergeld) se ha transformado en un nuevo sistema de asistencia social básica, que vuelve a exigir que los beneficiarios muestren una mayor disposición a (re)incorporarse al mercado laboral. La amplia reforma sanitaria puesta en marcha y la reforma del mercado eléctrico también incluyen numerosos elementos positivos. Asimismo, el gobierno ha anunciado que integrará la nueva asistencia social básica, la ayuda a la vivienda y el complemento familiar, siguiendo las recomendaciones de la comisión sobre el Estado del bienestar. Esta medida podría implicar recortes en las ayudas al alquiler. Además, se están estudiando otras reformas en cuidados a largo plazo, pensiones y fiscalidad. Por último, la UE está contribuyendo al cambio con la firma de nuevos acuerdos comerciales y una relajación de determinadas regulaciones.

Así que las cosas sí están cambiando en Alemania. Esperemos que este impulso reformista se mantenga.

Prof. Dr. Dr. h.c. Lars P. Feld